

ALGUNOS ASPECTOS RELEVANTES DE LA APROXIMACIÓN CATÓLICA A LA PALABRA DE DIOS

P. Pedro Jaramillo Rivas

Con mi intervención pretendo subrayar algunos aspectos relevantes de la aproximación católica a la Palabra de Dios y a su transmisión en la Sagrada Escritura. Me voy a fijar precisamente de aquellos aspectos que Verbum Domini pide que sean estudiados con serenidad y profundidad, para alimentar un verdadero diálogo ecuménico. Por razones de tiempo, mi reflexión la he limitado a la primera parte de la Exhortación Verbum Domini.

1. La “sinfonía” de la Palabra

No sólo a la Sagrada Escritura la llamamos “Palabra de Dios”

Emplea Benedicto XVI esta feliz imagen, para recordarnos que “Palabra de Dios” es un concepto y una realidad que no se agota en su legítima y correcta aplicación a la Sagrada Escritura. Verbum Dei habla justamente de “una ‘sinfonía’ de la Palabra, de una única Palabra que se expresa de diversos modos: ‘un canto a varias voces’”. La “original y originante” Palabra de Dios es el Logos trinitario que se hace hombre en Cristo Jesús, el “primogénito de toda criatura; para quien todo y por quien todo fue creado” (1 Col 15-16). Siguiendo con la imagen de la sinfonía, la Exhortación dice, en efecto, de Jesús que él es el “solo” del que depende el significado de toda la ópera (nº 13), “en Él, la Palabra no se expresa principalmente mediante un discurso..., nos encontramos ante la persona misma de Jesús. Su historia, única y singular, es la palabra definitiva que Dios dice a la humanidad (nº 11)... Ahora, la Palabra no sólo se puede oír, no sólo tiene una voz, sino que tiene un rostro que podemos ver: Jesús de Nazaret” (nº 12),

El Dios que se comunica: la revelación

En el inicio de esta realidad sinfónica, está el maravilloso hecho de la comunicación de Dios, de **su revelación**; de una “desvelación” gratuita con la que el mismo Dios inicia el diálogo salvador. Él se abre al hombre en un acto de amor y de entrega que intenta provocar su respuesta agradecida en la fe. La revelación de Dios, como un diálogo de cercanía y amistad, es anterior a la Sagrada Escritura y más abarcante que ella.

La revelación natural: el “liber naturae”

Como revelación “natural” comienza ya con la misma creación, a la que Verbum Domini llama “liber naturae”: el libro de la naturaleza, pudiendo referirse con precisión a la **dimensión cósmica** de la Palabra. Es la **revelación natural de Dios**, atestiguada por la misma Sagrada Escritura, a la que corresponde la posibilidad de un conocimiento natural del mismo Creador. En apretada síntesis, lo había proclamado ya el Concilio Vaticano II: “Dios, creando y conservando el universo por su Palabra, ofrece a los hombres, en la creación, un testimonio perenne de sí mismo” (DV 3). Se ha podido hablar de la creación como de “la biblia para el conocimiento natural de Dios”. En efecto: “toda criatura es Palabra de Dios, en cuanto que proclama a Dios”, en palabras de San Buenaventura. Y en palabras del salmista: “Los cielos proclaman la gloria de Dios; el firmamento pregona la obra de sus manos” (Sal 19,2).

La creación del hombre y la mujer: la “imagen y semejanza”

En la perspectiva de la historia de la salvación, el hombre y la mujer, creados a imagen y semejanza de Dios, ocupan una posición única y singular en el conjunto de la creación. El hombre y la mujer reciben dones preciosos del Creador, entre los que destacan el don de la razón, de la libertad y de la conciencia, valores desde los que se forja la “ley escrita en el corazón” (cfr Rm 2,15; 7,23), la que se conocerá como “ley natural”.

El pecado original (Gn 3) no hizo mala la creación buena salida de las manos de Dios; ni corrompió esencialmente al ser humano, obra “muy buena de sus manos”. No los hizo malos; “los maleó”. Con una creación definitivamente perdida y con un ser humano esencialmente corrompido, difícilmente hubiera podido San Pablo escribir a los Romanos: “lo invisible de Dios, su poder eterno y su divinidad, se hacen reconocibles a la razón, desde la creación del mundo por medio de sus obras” (Rm 1,19-20). Se hacía eco de la enseñanza del Libro de la Sabiduría: “eran naturalmente faltos de inteligencia todos los hombres que ignoraban a Dios, y fueron incapaces de conocer al que es partiendo de las cosas buenas que están a la vista, y no reconocieron al artífice, fijándose en sus obras” (Sab 13, 1)

Una nueva etapa de la Palabra: la historia de la salvación, que se hace Antiguo Testamento

En una nueva etapa, la Palabra de Dios se comunicó en **la historia de la salvación** aún antes de que esta historia fuera puesta por escrito. Con el llamado de Abrahán comienza una “historia de salvación” en la que Dios va **progresivamente** revelándose, desvelando su misterio, descubriendo su propia intimidad, mediante una comunicación gratuita. Abrahán recibió la Palabra de

Dios, pero no leyó la Sagrada Escritura; Moisés recibió y vivió la Palabra de Dios, pero no leyó la Biblia; igualmente les ocurrió a los Jueces y a los profetas y a la mayoría de los grandes personajes del Antiguo Testamento hasta que, alrededor del s. IV a.C. fue componiéndose lo que sería finalmente el Antiguo Testamento escrito. No nace el Pueblo de Israel de la escritura del Antiguo Testamento, sino que es el Antiguo Testamento escrito el que nace en el seno del Pueblo de Israel. Las tradiciones orales que, durante siglos fueron forjando al Pueblo de la Alianza, asegurando así la trasmisión de las “mirabilia Dei”, comienzan a ponerse por escrito en el reinado de David, primero como unidades literarias autónomas, tomando después progresivamente la forma de lo que hoy conocemos como Antiguo Testamento, “las Escrituras” del pueblo judío; y, en ningún caso se escribieron con la intención de sustituir una transmisión oral que continúa, especialmente en el ámbito de la sinagoga, como explicación, interpretación y actualización de lo que había sido escrito.

Una nueva etapa de la Palabra: la historia de la salvación, que se hace Nuevo Testamento

Lo mismo ocurre con la escritura del Nuevo Testamento: no nace la comunidad cristiana de su lectura, sino que son los escritos del Nuevo Testamento los que nacen en el seno de la Iglesia. La enorme corriente de transmisión, desde el mandato misionero de Cristo y la valentía infundida por el Espíritu Santo en Pentecostés, inicia con la **predicación apostólica**. Los apóstoles anuncian como cumplidas en Jesús, especialmente en su muerte y resurrección para la salvación de todos, las grandes promesas de salvación. Su muerte y resurrección salvadoras acontecen, en efecto, “según las Escrituras”. Y, en el Evangelio de Lucas, el mismo Jesús resucitado explica a los discípulos de Emaús cómo se cumplieron en Él las Escrituras. Desde este cumplimiento, las Escrituras de los Padres son incorporadas a la vida de la Iglesia naciente y son vividas como promesa que apuntaba a su plena realización en Cristo. De esta manera, Cristo se convierte en el culmen y plenitud de la revelación: Él es el “primogénito de toda criatura” y la descendencia de Abrahán, en la que serán bendecidas todas las naciones-. Es esta posición central de Cristo en el conjunto de la revelación del Antiguo y Nuevo Testamento la que le hace hablar a Benedicto XVI de la “cristología de la Palabra”.

Una nueva etapa de la Palabra: La transmisión de la revelación, la tradición apostólica

La **transmisión (tradición) apostólica** comienza ya a hacer vivir en plenitud la salvación en Cristo Jesús, aun antes de que comiencen a surgir los primeros escritos del Nuevo Testamento en la última etapa apostólica y en la así conocida como época “sub-apostólica”: estamos, por tanto, entre el año 55 (probable fecha de la 1ª Carta a los Tesalonicenses) y el año 100/110 (fechas que se adjudican para el Evangelio de Juan y para las Cartas Pastorales). Un

proceso más corto de composición, pero suficiente para que podamos afirmar con seguridad que ninguno de los Apóstoles conoció el Nuevo Testamento escrito tal como nosotros ahora lo leemos.

El Espíritu Santo hace también de esta etapa de transmisión apostólica Palabra de Dios. “Esta tradición de origen apostólico es una realidad viva y dinámica, que “va creciendo en la Iglesia con la ayuda del Espíritu Santo”, pero no en el sentido que cambie en su verdad, que es perenne. Más bien “crece la comprensión de las palabras y las instituciones transmitidas, con la contemplación y el estudio, con una más profunda experiencia espiritual, así como con ‘la predicación de los que con la sucesión episcopal recibieron el carisma seguro de la verdad’ (VD 17.- Cita de DV 8). “Esta tradición viva y dinámica es esencial para que la Iglesia vaya creciendo con el tiempo en la comprensión de la verdad revelada en las Escrituras... Es la Tradición viva la que da a conocer a la Iglesia el canon de las Escrituras y la que nos hace comprender de modo adecuado la Sagrada Escritura como Palabra de Dios” (nº 17). La fuerza dinámica y actual de la Palabra de Dios le hace decir al Papa: La Iglesia venera la Sagrada Escritura (con una veneración semejante a la que tributa a la Eucaristía, había dicho el Concilio), aunque la fe cristiana no es una ‘religión del Libro’. El cristianismo es ‘la religión de la Palabra de Dios’.; no de una palabra escrita y muda, sino del Verbo encarnado y vivo” (7)..

La superación de “las dos fuentes” de la revelación

Como se puede percibir en la enseñanza de Verbum Domini, en línea de continuidad con Dei Verbum, ha quedado superada la vieja cuestión de “las dos fuentes de la revelación”. Fuente, manantial, origen hay solamente uno: la única Palabra de Dios que se comunica. Es, sin embargo, doble, el cauce por el que esa Palabra de Dios inunda a la comunidad eclesial: la Tradición apostólica y la Sagrada Escritura íntimamente unidas por su condición de Palabra de Dios, si bien en sentido analógico.

Concluyo este primer punto relevante del acercamiento católico a la Palabra de Dios con palabras de Benedicto XVI: “La Iglesia vive con la certeza de que su Señor, que habló en el pasado, no cesa de comunicar hoy su Palabra en la Tradición viva de la Iglesia y en la Sagrada Escritura” (VD 18). El acercamiento a la Tradición de la Iglesia en relación a las Sagradas Escrituras lleva a reconocer en ellas la misma Palabra de Dios (cfr VD 18).

2. La Sagrada Escritura, divinamente inspirada.

La inspiración, en sentido técnico, es un “carisma escriturario”. Se refiere a la especial asistencia del Espíritu Santo a los autores humanos en la compo-

sición de los Libros sagrados. “Estos libros tienen a Dios como autor, y como tales han sido confiados a la Iglesia” (DV 11).

Un tema decisivo, desde la “analogía” de la Encarnación

Los Padres Sinodales habían advertido que el tema de la inspiración es decisivo para una adecuada aproximación a las Escrituras y para su correcta hermenéutica. Es la inspiración divina la que hace de la Sagrada Escritura una realidad “teándrica” (divino-humana) que tiene su analogía en el mismo misterio de la encarnación: “así como el Verbo de Dios se hizo carne por obra del Espíritu Santo en el seno de la Virgen María, así también la Sagrada Escritura nace en el seno de la Iglesia por obra del Espíritu Santo” (VD 19). La Sagrada Escritura es Palabra de Dios en cuanto escrita por inspiración del Espíritu Santo” (DV 9). “Pero, en la composición de los libros sagrados, Dios se valió de hombres elegidos que usaban de todas sus facultades y talentos; de este modo,, obrando Dios en ellos y por ellos, como verdaderos autores, escribieron, todo y sólo lo que Dios quería” (DV 11).

“Verdadero Dios y verdadero hombre” confesamos de Jesús. “Verdadera Palabra de Dios y verdadera palabra del hombre”, confesamos acerca de la Sagrada Escritura. No hay “palabras divinas” en las que Dios pudiera expresarse (en Dios todo es in-efable= no decible). Por eso, su comunicación con los hombres se realizó mediante palabras humanas. Los hagiógrafos actuaron como “verdaderos autores”, siendo “mediación humana” de la acción poderosa del Dios que se nos manifiesta, se nos abre y se nos dice de manera que nosotros lo podamos entender.

Imágenes hermosas, pero insuficientes

Imágenes hermosas utilizaron ya los santos Padres para explicar esta co-operación de Dios y el hombre en la producción del texto sagrado: La de “la lira” en manos del músico, que hace de la pieza interpretada una obra conjunta; la de la pluma en manos del escritor, que hace del libro editado una obra “en colaboración”. Pero, ya en el año 1943, en “Divino Afflante Spiritu”, Pío XII advirtió que esta sencilla concepción de “instrumento” no era del todo aplicable a la co-operación de Dios y el hombre en la composición de la Sagrada Escritura. Le faltaba algo importante: en manos de Dios, el hombre (autor sagrado) no es un instrumento inerte (como la lira o la pluma), sino in instrumento vivo, que no pierde sus facultades y talentos.

En la historia de la explicación católica de la inspiración algunos autores habían recurrido también al paradigma del “dictado”, para facilitar la comprensión de la inspiración (No es raro, en la iconografía, ver la paloma del Espíritu con su pico dentro del oído del evangelista o del profeta). Pero, se fue percibiendo su inadecuación: de ahí que en la actual aproximación católica a la Sagrada Escritura, a los autores humanos no se les llame “secretarios”, sino “ver-

daderos autores”. La aplicación analógica del realismo de la encarnación del Verbo (verdadero hombre, no simple “apariencia humana”) a la Sagrada Escritura ha abierto un extraordinario horizonte de comprensión. Desde ella, la aproximación católica se distancia de todo mecanicismo escriturario, que es la antesala de cualquier fundamentalismo literalista.

3. La necesaria hermenéutica.

En la aproximación católica a la Sagrada Escritura, tiene especial relevancia la hermenéutica bíblica, que se origina también, desde la lógica de la encarnación, en dos niveles: el nivel literario (humano) y el nivel teológico (divino).

El sentido “literal”

Verbum Domini asume la afirmación de Dei Verbum, destinada a orientar la búsqueda del sentido “literal” (el sentido pretendido por el autor: “lo que los autores querían decir”). En el nº 12, había dicho el Concilio Vaticano II: “Dios habla en la Escritura por medio de hombres y en lenguaje humano; por lo tanto, el intérprete de la Escritura, para conocer lo que Dios quiso comunicarnos, debe estudiar con atención lo que los autores querían decir y Dios quería dar a conocer con dichas palabras” (DV 12). Para la aproximación católica a la Sagrada Escritura, este texto es fundamental. Tiene nuevamente, como trasfondo, el realismo de la encarnación del Verbo de Dios, distanciándose así, podríamos decir, de todo “docetismo” escriturístico. Frente a toda realidad divino-humana, de la que la encarnación es el “analogatum princeps”, que dirían los clásicos, la piedad, convertida en pietismo, tiende a “ponderar” (en el sentido etimológico de “pondus”, de cargar el peso) de tal modo el elemento divino que corre el riesgo de dejar el elemento humano en mera “apariencia”.

La densidad humana de la Sagrada Escritura no significa un desdoro para la Palabra de Dios. Ni el que Dios nos comunique justamente lo que los autores querían decir supone atentado alguno contra la dignidad e infalibilidad de la Palabra de Dios. “Qué dice el texto” es el primer e ineludible paso para poder preguntarnos después “qué me dice/ qué nos dice” el texto”. La hermenéutica es así la primera expresión de veneración de la Palabra de Dios. Es ponerse en la sencilla escucha de la Palabra de Dios en palabras humanas, para no hacer decir a Dios lo que Él no quería decir. El rechazo de toda interpretación es ya una “opción hermenéutica”.

La Palabra hecha carne en “palabras de carne”. El admirable encuentro de lo divino y lo humano.

Le tengo un especial afecto a un hermoso texto sobre cuestiones de interpretación bíblica. Me refiero al discurso con que Juan Pablo II respondió a la presentación que el entonces Cardenal Ratzinger le hiciera del documento de

la Pontificia Comisión Bíblica: “La interpretación de la Biblia en la Iglesia”, del 15 de abril de 1993. Juan Pablo II se refiere a los dos documentos del Magisterio de la Iglesia, cuyos aniversarios dieron lugar al documento: la Providentissimus Deus, de León XIII y la Divino Afflante Spiritu, de Pío XII. El primero, rechazando una hermenéutica racionalista, negadora del carácter sobrenatural de la Sagrada Escritura; y el segundo, la Divino Afflante Spiritu “contra una exégesis, así llamada “mística”, que pretendía que el Magisterio condenara los esfuerzos de la exégesis científica”.

La vertiente humana de la Sagrada Escritura

Dado el tipo de acercamiento a la Sagrada Escritura que va generalizándose en el ámbito religioso guatemalteco, no les extrañará que me detenga un poco en esta segunda vertiente del discurso de Juan Pablo II. El peligro concreto que a todos nos acecha no es el del racionalismo bíblico (reservado entre nosotros a minorías, generalmente extra-religiosas), sino un “misticismo bíblico”, de carácter espiritualista, desencarnado y fundamentalista que amenaza con hacer nuestros oídos sordos a la Palabra de Dios por no reconocer su “encarnación” en las palabras humanas en que nos llega y nos cuestiona. Juan Pablo II alaba la sabiduría de Pío XII por no haber caído en la trampa de quedarse sólo en subrayar la utilidad del “sentido espiritual” de la Sagrada Escritura. “Hubiera favorecido así una especie de dicotomía entre la exégesis científica, destinada a un uso externo y la interpretación espiritual, reservada a un uso interno”. Sin embargo, reivindicó la unión estrecha de esos dos procedimientos, indicando, por un lado, el alcance ‘teológico’ del sentido literal...y, por otro, afirmando que, para que pueda ser reconocido como sentido de un texto bíblico, el sentido espiritual debe presentar garantías de autenticidad. La simple inspiración subjetiva no basta. Es preciso poder mostrar que se trataba de un sentido “querido por Dios mismo”, de un significado espiritual ‘dado por Dios’ al texto inspirado. De este modo, la determinación del sentido espiritual entra también en el dominio de la ciencia exegética”.

Una postura desde el misterio de la encarnación

La armonía con el misterio de la encarnación, afirma Juan Pablo II, les hace a las dos encíclicas “rechazar la ruptura de lo humano y lo divino, entre la investigación científica y la mirada de la fe, y entre el sentido literal y el sentido espiritual”. Y hace el Papa una reflexión que nos puede venir muy bien a todos los guatemaltecos/as que creemos de corazón que “no sólo de pan vive el hombre, sino de toda Palabra que sale de la boca de Dios”. “Una idea falsa de Dios y de la Encarnación –afirma Juan Pablo II- lleva a algunos cristianos a tomar una orientación contraria. Tienden a creer que, siendo Dios el Ser Absoluto, cada una de sus palabras tiene un valor absoluto, independiente de todos los condicionamientos del lenguaje humano. Según ellos, no conviene estudiar estos condicionamientos para hacer distinciones que relativizan el alcance de

las palabras. Pero, eso equivale a engañarse y a rechazar, en realidad, los misterios de la inspiración escriturística y de la Encarnación, ateniéndose a una noción falsa del Dios Absoluto. El Dios de la Biblia no es un Ser Absoluto que, aplastando todo lo que toca, anula todas las diferencias y todos los matices... Cuando se expresa en lenguaje humano, no da a cada expresión un valor uniforme, sino que emplea todos los matices posibles con una gran flexibilidad, aceptando también sus limitaciones... El estudio de los condicionamientos humanos de la Palabra de Dios debe proseguir incesantemente con un interés renovado”.

La historia, dimensión constitutiva de la fe cristiana

En esta misma línea se sitúa Verbum Domini: “es necesario reconocer el beneficio aportado por la exégesis histórico-crítica a la vida de la Iglesia, así como otros métodos de análisis desarrollados recientemente” (nº 32). No se queda Benedicto XVI en la afirmación, sino que da razón de ella: “para la visión católica de la Sagrada Escritura, la atención a estos métodos es imprescindible y va unida al realismo de la encarnación... El hecho histórico es una dimensión constitutiva de la fe cristiana. La historia de la salvación no es una mitología, sino una verdadera historia y, por tanto, hay que estudiarla con los métodos de la investigación histórica seria” (nº 32).

Criterios científicos y religiosos para llegar al sentido literal

Para alcanzar el sentido pretendido por el autor (el sentido literal, no “literalista”) recoge la Exhortación los criterios que ya habían sido presentados por Dei Verbum: unos de orden literario; otros de orden teológico. En el orden literario, hace referencia a “los géneros literarios y a la contextualización” de los textos. Y en el nivel teológico, debiéndose interpretar la Escritura con el mismo Espíritu con que fue escrita, repite los tres criterios enunciados por Dei Verbum: un texto bíblico hay que “interpretarlo, 1) considerando *la unidad de toda la Escritura* –esto se llama, hoy, exégesis canónica -; 2) tener presente *la tradición viva de toda la Iglesia* y 3) observar *la analogía de la fe*” (nº 34).

El Papa no pasa por alto sobre el “riesgo de dualismo” a que puede dar lugar este doble nivel de criterios, advirtiendo del peligro real de una estéril separación entre ellos, que generaría una separación entre exégesis y teología. “Utilizar sólo el primer nivel puede convertir la Escritura en un simple *texto del pasado*... Con una semejante reducción no se puede de ningún modo comprender el evento de la revelación de Dios mediante su Palabra que se nos trasmite en la Tradición viva y en la Escritura” (nº 35). Y, continúa diciendo, no se trata sólo de no atender a los criterios teológicos, sino de sustituir una “hermenéutica de fe” por una hermenéutica secularizada”, cuya clave fundamental es que Dios no aparece en la historia humana... Así se impone, de hecho, una hermenéutica filosófica que niega la posibilidad de la entrada y de la presencia de Dios en la historia” (nº 35).

En el marco de la relación entre fe y razón

Y, haciéndose eco de la encíclica “Fides et Ratio” de Juan Pablo II, comenta el Papa que “lo que está en juego en la hermenéutica con que se aborda la Sagrada Escritura es inevitablemente la correcta relación entre fe y razón... Por una parte, se necesita una fe que, manteniendo una relación adecuada con la recta razón, nunca degenera en fideísmo, el cual, por lo que se refiere a la Escritura, llevaría a lecturas fundamentalistas. Y, por otra parte, se necesita la razón que, investigando los elementos históricos presentes en la Biblia, se mantenga abierta y no rechace a priori todo lo que exceda su propia medida” (nº 36).

Desde todas estas consideraciones hermenéuticas, así como de la articulación de los diversos sentidos escriturísticos, Dei Verbum expresa la necesidad de “comprender el *paso de la letra al espíritu...* Se necesita trascender la letra; de hecho, la Palabra de Dios nunca está presente en la simple literalidad del texto... Este trascender no puede hacerse en un solo fragmento literario, sino en relación con la Escritura en su totalidad. En efecto, la Palabra hacia la que estamos llamados a trascender es única... Con la frase *la pura letra mata y, en cambio, el Espíritu da vida (2Cor 3,6)*, San Pablo expresó de modo radical lo que significa trascender la letra y su comprensión a través de la totalidad” (nº 38).

La dimensión eclesial de la hermética

Quiero terminar este aspecto relevante del acercamiento católico a la Sagrada Escritura, con una dimensión de la hermenéutica muy acorde a la prioridad temporal que la comunidad tiene respecto a los textos sagrados que nacen en su seno. La Iglesia es presentada, en efecto, por Verbum Domini como “el lugar originario de la hermenéutica bíblica” (nº 29). “Esta afirmación –aclara el Papa - no pone la referencia eclesial como un criterio extrínseco al que los exegetas deben plegarse, sino que es requerida por la realidad misma de las Escrituras y por cómo se han ido formando con el tiempo.... La Biblia es el libro de la Iglesia, y su verdadera hermenéutica brota de su inmanencia en la vida eclesial” (nº 29)... Siendo la fe vivida el corazón mismo de la comunidad, “aproximaciones al texto sagrado que prescindan de la fe pueden sugerir elementos interesantes..., pero serían sólo preliminares y estructuralmente incompletos... Recordando un principio compartido en la hermenéutica moderna, el adecuado conocimiento del texto bíblico es accesible sólo a quien tiene una afinidad viva con lo que dice el texto” (nº 30). Por eso, no es ajena a la hermenéutica la vida espiritual. En efecto, “con el crecimiento en la vida en el Espíritu crece también en el lector la comprensión de las realidades de las que habla el texto” (nº 30). Una intensa y auténtica vida eclesial acrecienta la inteligencia de

la fe verdadera respecto a la Palabra de Dios y leer en la fe las Escrituras aumenta la misma vida eclesial (cfr nº 30).

4. La lectura fundamentalista de la Biblia

Una cuestión de especial importancia en nuestro contexto

Pretendidamente, he querido abrir este amplio y hermoso panorama de acercamiento a la Sagrada Escritura para que resalten más las contradicciones que encierra su lectura fundamentalista. Soy de la opinión de que esta lectura fundamentalista de la Biblia es uno de los principales problemas religiosos que tenemos en Guatemala. Una lectura fundamentalista produce, en efecto, una pretendida “religión bíblica” que, paradójicamente, está en las antípodas de lo que fue la experiencia bíblica y de lo que está llamada a ser, hoy, la Biblia en la vida de los creyentes y de las comunidades cristianas..

Es especialmente clara la parte del documento de la Pontificia Comisión Bíblica, dedicado a afrontar las limitaciones y contradicciones que supone la lectura fundamentalista de la Biblia. El punto de partida de la lectura fundamentalista está en su concepto de inspiración. En efecto, “partiendo del principio de que la Biblia es Palabra de Dios inspirada y exenta de todo error, deduce que debe ser leída e interpretada al pie de la letra en todos sus detalles. Se trata de una interpretación primaria, literalista, es decir, que excluye todo esfuerzo de comprensión de la Biblia que tenga en cuenta su crecimiento histórico y su desarrollo.”

El problema de base de la lectura fundamentalista

- El caso omiso al carácter histórico de la revelación

¿Cuál es el problema de base de la lectura fundamentalista? “que, al rechazar tener en cuenta el carácter histórico de la revelación bíblica, se vuelve incapaz de aceptar plenamente la verdad de la encarnación misma. El fundamentalismo rehúye la relación estrecha de lo divino y humano en la relación con Dios. Rechaza admitir que la Palabra inspirada de Dios se ha expresado en lenguaje humano, y que, bajo la inspiración divina, ha sido escrita por autores humanos, cuyas capacidades y posibilidades eran limitadas. Por eso, tiende a tratar el texto bíblico como si hubiera sido dictado palabra por palabra por el Espíritu, y no llega a reconocer que la Palabra de Dios ha sido formulada en un lenguaje y en una fraseología condicionada por diferentes épocas.

- La falta de atención al modo humano de expresión

No concede ninguna atención a las formas literarias y a los modos humanos de pensar, presentes en los textos bíblicos... El fundamentalismo insiste indebidamente sobre la inerrancia de los detalles en los textos bíblicos, especialmente en materia de hechos históricos o de pretendidas verdades cien-

tíficas... El fundamentalismo tiende a una gran estrechez de puntos de vista, porque considera conforme a la realidad una cosmología antigua superada, solamente porque se encuentra expresada en la Biblia, afectando a las relaciones entre fe y cultura...

- ***La separación entre interpretación y Tradición. Una forma de interpretación privada y subjetiva***

Desde su principio de la “sola Scriptura”, el fundamentalismo separa la interpretación de la Biblia de la Tradición guiada por el Espíritu, que se desarrolla auténticamente en conexión con la Escritura en el seno de la comunidad de fe. Le falta reconocer que el Nuevo Testamento ha tomado forma en el interior de la Iglesia cristiana y que es Sagrada Escritura de esta Iglesia, cuya existencia ha precedido a la composición de sus textos. El fundamentalismo, por ello, es frecuentemente antieclesial... Se presenta como una forma de interpretación privada... El acercamiento fundamentalista es peligroso, porque seduce a las personas, que buscan respuestas bíblicas directas a sus problemas vitales... Puede engañarlas, cuando oculta a la gente que la Biblia no contiene necesariamente una respuesta inmediata a cada uno de sus problemas. El fundamentalismo invita tácitamente a una forma de suicidio del pensamiento. Ofrece una certeza falsa, porque confunde inconscientemente las limitaciones humanas del mensaje bíblico con la sustancia divina.

Me he querido extender en la lectura fundamentalista de la Sagrada Escritura, que recoge Verbum Domini en el nº 44, porque percibo que pone el dedo en la llega de lo que nos está ocurriendo en un generalizado acercamiento guatemalteco a la lectura de la Biblia.

La respuesta al fundamentalismo

Para responder al fundamentalismo es preciso “percibir en las palabras a la Palabra, al Logos mismo, que extiende su misterio a través de la multiplicidad de palabras y de la realidad de la historia humana. Una lectura creyente de la Sagrada Escritura que, justamente por reconocer el valor histórico de la tradición bíblica, quiere redescubrir el significado vivo de las Sagradas Escrituras, destinadas también a la vida del creyente de hoy” (nº 44).

CONCLUSIÓN

Termino mi intervención con un llamado apremiante a la que el Papa llama “la hermenéutica de la santidad”. Es una hermenéutica de la que no podemos prescindir. A hacer realidad esa hermenéutica estamos llamados todos los que, desde nuestra sed, hemos acudido al Señor para beber también de Él, que tiene “palabras de vida eterna”. Así se cumplirá en nosotros la Escritura: “de sus entrañas brotarán ríos de agua viva: El Espíritu que hemos recibido cuantos creemos en Él” (Jn 7, 37-38). El mismo Espíritu con que nos acerca-

mos a la Sagrada Escritura para comprender, meditar, orar, contemplar y actuar. Nuestra lectura del texto sagrado se convierte así en “lectio divina”, aquella “lectura orante” que, llegando al interior, nos hace encontrarnos con la Palabra y con las palabras y preguntarnos con los discípulos de Emaús: “¿No ardía nuestro corazón en el encuentro vivo con Jesús, el “narrador de Dios”, el “revelador del Padre” el “exegeta de Dios” cuando nos explicaba las Escrituras?” Ardía y arde dentro de nosotros como un fuego inextinguible, que, a veces, intentamos apagar, pero no podemos. En el fondo, todos tenemos que confesar con Jeremías: “me sedujiste, Señor y me dejé seducir; me forzaste y me pudiste” (20,7).